

ofrenda que tú hiciste de tí mismo, que la confianza de ese corazón diamantino, que se mantuvo imperturbable en medio de las borrascas producidas en él por tu muerte.

X. En segundo lugar se pregunta por qué Dios detuvo á Abraham y no dejó que consumara el sacrificio. Entre muchas razones que algunos ingenios eximios aducen, el elocuente S. Ambrosio toca, aunque de paso, una (1) muy digna de consideracion; á saber, que la voluntad de inmolar un hijo por un motivo de piedad y religion es tan superior á la capacidad ordinaria de la criatura, que Dios quiso reservarse esa gloria con exclusion de otro cualquiera. Pero aquí como en todo lo demás hay que exceptuar siempre á la Virgen santísima, que es singular en todos sus privilegios, porque habiéndole Dios hecho la gracia de tener un mismo hijo con él, ¿por qué habia de tener dificultad en unir el consentimiento de su madre con el suyo, para que el don que hacia al mundo, fuese en todos puntos completo y acompañado de la conformidad de dos voluntades, de que dependia aquel presente singular? Por mí estoy tan lejos de dudarlo, que al contrario me persuado absolutamente con muchos autores graves á que mediando una señal nada mas de la voluntad de Dios, habria tenido ella mas valor sin comparacion que Abraham, habria estado pronta á cumplir el decreto de Dios acerca de su hijo no obstante el tormento de su corazón, y hasta el último aliento habria perseverado en todos los deberes y servicios que hubiese deseado Dios de ella: tan cara le era nuestra salvacion y el cumplimiento de la voluntad divina. Conciba quien pueda una cosa mas grande y noble: yo me abismo en la capacidad de este corazón, y me parece que no puede ir mas allá el de un-

(1) De Abraham, cap. 8.

simple criatura. Bien sé que el mismo S. Ambrosio apunta en otro lugar otra consideracion (1); por qué Dios detuvo el brazo de su siervo Abraham mas bien que el de Jefe: pero la omito, porque no hace á mi intento.

XI. Alguno pudiera preguntar en tercer lugar por qué habiendo Abraham inmolido á su hijo solamente con la voluntad, Dios se creyó tan obligado al sincero y ardiente amor del patriarca, que no parece sino que le faltaban el poder y los medios para premiarle como deseaba. Le prometió la victoria de sus enemigos, una descendencia mas dilatada que las estrellas del cielo y las arenas del mar y que de su linaje naceria el que habia de ensalzarla infinito, esto es, el Mesías esperado; por último una bendicion acompañada de toda la dicha imaginable así para él como para los suyos; y todavía parece no quedar satisfecho de sí mismo: tanto se habia complacido con aquel rasgo de fidelidad, obediencia y amor. Siendo esto así, ¿quién nos dirá lo que mereció delante de Dios el sacrificio de la virgen Maria, distinguido con todas las circunstancias de que he discurrido hasta aquí? ¿Qué debió de hacer en pago de tal acto el que no se dejó vencer nunca en liberalidad y fidelidad? ¿Juzgareis acaso que ponderan demasiado los que afirman haberse hecho tan agradable á Dios, que sin hablar de lo que le fué concedido para ella misma, mereció por congruencia para nosotros lo que el Salvador llevó por justicia y condignidad (2)? Veo que este punto vendrá mas á propósito en el discurso siguiente.

(1) De virgin., l. 9. núm. 213 etc.

(2) Salazar cap. 8 Proverb.

§. V.—Tercer título por el cual la Virgen santísima tiene derecho á la calidad de reparadora del linaje humano y madre del siglo futuro.

El tercer título es por haber padecido con su hijo.

I. Algunos escritores han notado que el rey Salomon mandó hacer una corona de oro con flor de lis, entrelazada con un cerco de espinas de la India y al rededor este mote: *Victoria del amor*. La reina de Sabá Makeda (que así la llaman los rabinos) entre otras infinitas preguntas quiso saber la interpretación de aquel lema, y el sabio monarca respondió que por la flor de lis era representada una virgen celestial que habia de salir de su linaje y parir al rey de los reyes, el cual amaría tanto á su pueblo, que daría su vida por él, y que en lugar de oro sería coronado de espinas que le harían triunfar de la muerte: que él desde luego honraba con aquella corona la venida del Mesías, la que sería una victoria de amor, pues por amor se habia de entregar á la muerte por los suyos. Es verdad que nadie mereció mejor llevar la corona de amor que el príncipe y Dios de amor. Mas pues su santa madre y casta esposa es también la princesa de amor y dolor como él y tiene tan buena parte en las victorias de su hijo y esposo; espero que á nadie parecerá mal que yo le labre una, tejida de sus extraordinarios dolores y de sus méritos incomparables: porque si el sacrificio que el rey y sumo sacerdote Jesús ofreció en el altar de la cruz, fué un sacrificio de voluntad y de obra, de alma y de cuerpo, de espíritu y de sangre juntamente, también lo fué el de la Virgen, pues no se contentó con ofrecer su querido Isaac á la muerte, sino que quiso padecer con él por nuestra salvación, uniendo no solo su voluntad á la de su hijo y esposo, sino también sus propios trabajos y su cruz á la cruz y á los trabajos de su hijo. Este es el ter-

cer título que le valió el glorioso nombre de reparadora; título que trataré de representar imitando á los matemáticos, los cuales por no poder hacer concebir de un golpe la inmensidad del empíreo se valen de ciertas presuposiciones y proposiciones, con cuyo medio dan algun conocimiento de su grandeza: de la misma manera no teniendo yo modo de declarar en pocas palabras lo que la Virgen padeció, tomaré diversas medidas que me ayudarán á formar algun concepto de sus imponderables dolores.

II. La primera se tomará del alma de la misma Virgen, que fué como el teatro del martirio que sufrió; porque así como las heridas del alma son mucho más peligrosas que las del cuerpo, así los dolores del espíritu son sin comparación más agudos que todos los del cuerpo. Bien lo saben los que lo han probado: los que no, nunca podrán imaginar lo que es. S. Paulino, obispo de Nola, escribiendo á S. Agustín (1), le preguntaba si la espada de dolor que habia traspasado el alma de la Virgen madre según la profecía de Simeon, era este dolor interior de que hablamos, así como era el hierro que David decía (2) haber atravesado el alma del casto José. S. Agustín respondió al punto que sí (3) y que por su parte no conocía otra espada que la que según dicho de S. Pablo causa la división del alma y del espíritu (4) y penetra hasta la medula de los afectos más sensibles. Habiéndose engolfado S. Anselmo un día en esta consideración hablaba así á la Virgen, verdadera imagen de aflicción (5): «Verdaderamente la espada de dolor traspasó tu alma, oh santa señora, y fué más cruel para tí que to-

(1) Epist. 58 inter epist.
S. August.

(2) Salmo CIV.

(3) Epist. 59.

(4) Ad hebr. IV.

(5) De excellent. Virg., c. 5.

das las penas que pudiera haber sentido tu cuerpo. Creo firmemente que todo el rigor de los tormentos de los santos mártires fué ligero en comparacion de tus dolores, los cuales de tal modo penetraron en lo íntimo de tu alma y llenaron la capacidad de tu corazon, que no hubieras soportado esta pesada cruz sin morir, si no te hubiese fortalecido el espíritu de vida y consuelo, es decir, el espíritu de tu amado hijo, por quien padecias, dándote á conocer que aquella borrasca pasaria pronto, y que aquel aparato de crueldad se convertiria en un triunfo glorioso.» El ángel que instruía á santa Brigida, le dijo un dia lo mismo, y aseguró que no era una de las menores maravillas de la omnipotencia del Salvador el haber sostenido con vida á su madre en medio de tan atroces tormentos. Mas así como la antigua ley prescribia (1) que el sacerdote tomase dos palomas (de este modo las llama S. Macario (2) en vez de que nosotros leemos dos pájaros) y las ofreciese á Dios en sacrificio por el leproso, degollando la una y tiñendo la otra con la sangre de la degollada; de la misma manera de las dos castas palomas ofrecidas en sacrificio en el Calvario para curar la lepra del pecador, Dios se contentó con que muriese la una mientras la otra al pie del altar, bañada en la sangre de la que espiraba, sentia partirsele el corazon de dolor y se preparaba á pasar lo restante de su vida en llantos y gemidos.

III. Saco la segunda medida del conocimiento que la Virgen tenia de su hijo, porque en materia de penas el vigor y lozania del entendimiento no sirve mas que para agravarlas; al contrario un entendimiento romo contribuye mucho á embotar lo agudo del dolor, especialmente si el motivo de este es espiritual. Ahora teniendo

(1) Levit. XIV.

(2) Homil. 47.

la Virgen el entendimiento mas vivo y perspicaz que ha habido nunca despues del de su hijo, y mas conocimiento de la dignidad de su persona, del indigno atentado que se cometió contra el rey del cielo, y de la suma ingratitud de los hombres, es indecible hasta dónde llegó la fuerza del dolor causado por la viva representacion de todas estas consideraciones.

IV. La tercera se sacará del amor que tenia á su querido hijo, porque una de las reglas principales del dolor es el amor. El que ama con pasion una cosa, no puede menos de sentir vehementemente la pérdida de ella: es imposible ver padecer al objeto amado sin tener traspasado el corazon; y cuanto mayor es el amor, mas sensible es la pena. Como ya he hablado en diversas ocasiones del amor que tenia á su hijo Maria santísima, me contentaré con decir con Sofronio (1) que nunca hubo un dolor igual, así como no hubo jamás un amor semejante al suyo. De tal manera embargó el dolor el alma de la Virgen, que podemos decir con Jeremías (2) que llevó el luto de su único hijo y sintió mas los tormentos y la muerte del amado de su alma que todas las madres del mundo, porque amó mas á su hijo que todas estas juntas á los suyos.

V. La cuarta y principal será la magnitud de las penas y la amargura de la pasion del Salvador, porque como dice muy bien S. Bernardo, las llagas de Cristo moribundo eran las heridas de la madre dolorosa. Y en otra parte se expresa así (3): «¿Creerá alguno que el hijo pudiese morir en el cuerpo, sin que su madre muriera en el alma, y que la caridad que no tiene igual, pudiera causar tantos tormentos al hijo sin tener la madre la me-

(1) Epist. de Assumpt.

(2) Jerem. VI.

(3) Serm. in Signum magnum.

por parte en ellos?» Yo he agradecido siempre á los pintores y escultores que nos hayan representado á Jesus y María en una misma cruz, queriendo significar con esto que su pincel y cincel no podian expresar el martirio espiritual de la madre; pero que bien considerado, los dos sufrían el mismo tormento y estaban clavados en la misma cruz. A la manera que vemos, dice el papa S. Gregorio (1), que en los instrumentos de música están de tal suerte afinadas ciertas cuerdas, que cuando se pulsa la una, suena la otra sin tocarla, así el alma de la Virgen estaba tan en armonía con la de su hijo, que sentía todo lo que este padecía. Las espinas que traspasaban la adorable cabeza del Salvador, daban en medio del alma de la Virgen: los azotes que descargaban los sayones sobre el hijo, herían el corazón de la madre: los clavos de pies y manos horadaban su espíritu: la lanza que atravesaba el costado del Redentor difunto sin causarle dolor, rasgaba el pecho de la angustiada madre; y en la cruz donde estaba pendiente el cuerpo del uno, estaba clavada el alma del otro; de suerte que no recibía el hijo ningun golpe por leve que fuese, que no penetrara hasta el alma de la madre. María santísima declaró á santa Brígida lo que decimos, por medio de una excelente comparación. A la manera que si uno tuviese la mitad del corazón fuera del cuerpo y la otra mitad dentro, el que punzase aquella, causaría un vivísimo dolor á esta, ó mas bien sería uno mismo el dolor de ambas; así padeciendo en lo exterior mi hijo único, que era como mi corazón, era imposible que yo no lo sintiese vivamente en lo interior. Añadía que al modo que las partes mas inmediatas al corazón reciben mas fácilmente sus impresiones y le comu-

(1) Moral., l. 4, c. 5.

nican las suyas, así tambien como su hijo le tocaba tan de cerca, los dolores que sufría, se grababan en lo íntimo del alma de ella, y de su corazón salían continuamente torrentes de amargura lo mismo que corría la sangre de las venas de su hijo. Por otra parte este sufría mucho mas por los dolores de su madre que por sus propios tormentos, y el martirio de la madre era mayor por lo que veía padecer á su hijo, que por lo que ella misma padecía. Las penas de María, echadas digámoslo así en el horno de los dolores del Salvador, se encendían mas renovando todas sus heridas. Angeles de paz, qué arroyos de lágrimas derramásteis entonces viendo que de un instante á otro el fuego tomaba incremento en aquellos dos pechos sin poderle apagar con el agua de vuestros ojos! ¿Cuáles serían vuestros sentimientos, cuando veiais que la madre y el hijo iban como á porfía sobre quién padecería mas, salvo en todo la ventaja de los actos infinitos del Salvador?

VI. La quinta medida puede tomarse de la grandeza de su deseo, porque como observan S. Ambrosio (1), san Agustín (2) y S. Ildelfonso (3), ella no solo no temía los suplicios y la muerte, sino que la hubiera tenido por singular merced, y es increíble lo que padecía por verse privada de esta esperanza. El devoto Arnulfo de Chartres lo dice en términos tan magníficos, que parece imposible hacerlo mejor. «Ella moría, dice (4), sin poder morir, y lo que es mas, se forzaba de tal suerte, que su semblante era muy diferente de su corazón. La cruz de su alma y el suplicio de su espíritu, que era el altar donde presentaba una hostia viva y un sacrificio agradable, era conocido de Dios solo y de su conciencia. Allí

(1) De instit. virgin., c. 7.

(2) Confes., c. 6.

(3) Serm. 2 de Assumpt.

(4) Tract. de illis verbis Christi in cruce: *Mulier, ecce filius tuus.*

ella misma servia de victima, levantaba la hoguera y encendia la lumbre; de suerte que se veian erigidos dos altares, el uno en el corazon de Maria y el otro en el de Jesus, este inmolando su cuerpo y aquella sacrificando su alma. Dios sabe si ella habria deseado derramar la sangre de sus venas y la de su corazon con su hijo y ofrecer con él el sacrificio de la tarde, extendidas las manos en la misma cruz y clavadas con los mismos clavos, terminando de este modo el misterio de nuestra salud; pero ese era el privilegio del sumo sacerdote, al cual solo correspondia entrar en el santuario con la sangre, sin que nadie pudiese pretender tal prerogativa, aunque fuera ángel, hombre ú otra criatura. Sin embargo no dejaba Maria de cooperar con Jesus á su manera, y el Salvador presentaba juntamente al Padre eterno sus propios méritos y sus deseos con los de su amada madre. Todo lo que ella pedia, era aprobado por el Hijo y otorgado por el Padre: el Padre amaba al Hijo y el Hijo reciprocamente al Padre; y despues de estos dos amores se seguia inmediatamente el de la madre hácia los dos; de suerte que no era mas que un mismo deseo nacido de diversas voluntades: el Padre bondadoso, el Hijo compasivo y la madre teniendo una intencion nada mas; la bondad, la compasion y la caridad se mantenian abrazadas las tres; la madre suplicando, el Hijo presentando las súplicas y el Padre otorgando; el Hijo poniendo los ojos en el seno de su dulce madre y el Padre en la cruz y en las llagas de su hijo. ¿Qué cosa hay en el mundo por grande que sea, que pudiera negarse á unas prendas tan queridas y preciosas? No añadamos nada á estas palabras por no rebajar su valor.

VII. La sexta y última medida se toma de la duracion de este martirio de espíritu. El abad Ruperto hace hablar así á la Virgen santísima: «No os imagineis que mi martirio se redujo al poco tiempo que ví á mi hijo insul-

tado, befado, abofeteado, coronado de espinas, crucificado, abrevado de hiel y vinagre y encerrado despues de su muerte en el sepulcro. Verdaderamente entonces la espada de dolor traspasó mi alma; pero habia sido introducida mucho tiempo antes, porque estando dotada del espíritu de profecia desde que fui hecha madre suya, conocí lo que tenia él que padecer; de suerte que desde entonces llevándole en mis entrañas, estrechándole en mis brazos, dándole de mamar y acariciándole tenia continuamente presente su pasion y muerte: por aquí es fácil conocer cuánto tiempo fui la madre de dolor.» La misma señora manifestó un dia á santa Brigida que sus penas no habian acabado con la muerte de su hijo, sino que en todo el tiempo que le sobrevivió, visitando muy á menudo los santos lugares en los alrededores de Jerusalem habia renovado continuamente la memoria de aquel aciago dia y refrescado las heridas recibidas allí. Otra vez el ángel que instruía á aquella santa viuda, le dijo que no sin motivo era comparada la madre de Dios á una rosa y que por esta figura se significaba que creciendo entre las espinas, á medida que adelantaba en edad, las espinas de al redor se hacian mas fuertes y duras y la punzaban mas ásperamente. Con esto concuerda lo que la misma madre de Dios manifestó un dia á santa Isabel de Hungria segun testimonio de S. Buenaventura. «Hablando familiarmente nuestra señora, dice el santo (1), á una virtuosa viuda le dijo estas palabras: «Hija mia, acaso crees tú que recibí sin trabajo todas las gracias que me hizo Dios; pero te engañas, porque excepto la gracia de mi primera santificacion te aseguro que nunca recibí ninguna merced de Dios sino con mucho trabajo, oracion continua, ardientes suspiros, profunda

(1) Meditat. vitæ Christi, c. 3.

devocion, muchas lágrimas y gran afliccion de espíritu, ocupándome sin descanso como podia en lo que juzgaba serle agradable.» Dijole tambien: «ten por seguro, hija mia, que ninguna gracia baja al alma sino por el conducto de la oracion y de la mortificacion corporal.» Con esto concuerda además lo que la misma señora dijo á santa Matilde: que Dios la habia ejercitado con muchas tribulaciones; pero que ella las habia sufrido con gran humildad y sin aparentarlo en lo exterior.

VIII. Considerando algunos doctores lo arriba dicho y pesando estas razones en el peso del santuario dicen que los dolores de María santísima excedieron con mucho los del parto ordinario de las mujeres, y S. Juan Damasceno (1) y S. Bernardo (2) observan que Dios que la habia preservado de los dolores cuando parió al Salvador, se los dió con usura al pie de la cruz y la hizo sufrir trabajos mucho mas duros que los que hubiera padecido entonces, siendo despedazadas sus entrañas y su corazon por la fuerza de la espada del dolor. S. Bernardo añade que ninguna comparacion puede expresar lo que padeció la Virgen, y que no puede decirse otra cosa sino que se afligió tanto como convenia se afligiese tal madre por la pérdida de tal hijo. El fiel siervo de María S. Bernardino dice (3), que el dolor de esta señora fué tan extremado, que aunque se repartiera por igual entre todas las criaturas capaces de sentirle, sería bastante para matarlas á todas. De donde resulta que por un milagro conservó María la vida en medio de la violencia incomparable de tantos tormentos. Así es que los santos padres no tienen dificultad en llamarla mártir. Pero ¿qué digo mártir? S. Efren la apellida el honor de

(1) De fide, l. 4, c. 45.
(2) In lament. B. Virg.

(3) Tom. 4, serm. 64, art. 3, c. 2.

los mártires (1); Sofronio (2), S. Ildefonso (3) y S. Bernardo (4) mas que mártir; y la iglesia universal le da el título de reina de los mártires (5).

IX. De cuanto he discurrido hasta aquí, saco por primera consecuencia con preclaros doctores que considerada la excelencia de la Virgen santísima, que ofreció su hijo por nuestro rescate, el amor y la magnanimidad con que le ofreció, la calidad de su presente, sus extremadas penas y tormentos, la union que tenian con los del Salvador, que las presentó él mismo en la cruz para nuestra salvacion juntamente con las suyas, y la complacencia que el Padre eterno tuvo en ellas, no rebajamos de ningún modo la calidad de salvador, ni hacemos agravio á la alteza de tal empresa, cuando decimos que María mereció con su hijo, aunque en un grado muy inferior, la reparacion del linaje humano con toda la serie de gracias incluidas en la mediacion de nuestra salud y que para este efecto fué prevenida con tantas bendiciones, acompañada de tantas gracias, favorecida con tantas mercedes y distinguida con tantas prerogativas como ya hemos visto. S. Anselmo lo dice clara y terminantemente (6): «Por la purísima santidad y por la santísima pureza de su bondadosísimo corazon mereció ser la digna reparadora del mundo que estaba perdido.» Y mas adelante: «Ella sola mereció entre todas las demás ser la medianera de tantos beneficios.» S. Bernardino de Sena, aplicándole aquellas palabras del Eclesiastés: «que todos los rios desaguan en el mar sin que este rebose;» dice que el mar inmenso de gracias de María no sale de

(1) Orat. de Deipara.

(2) Serm. 4 de Assumpt.

(3) Serm. de Assumpt.

(4) Serm. in Signum magnum.

(5) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur, que va puesta al fin del tomo en la nota D.

(6) De excellent. Virg., c. 9.

sus límites sino para distribuir sus favores á todos los hijos de gracia y salvacion (1); consecuencia casi necesaria del título de reparadora y que se comprobará mucho mejor en el capítulo X, cuando yo haga ver que Dios no comunica á los hombres ninguna gracia que no pase por las manos de María.

X. En segundo lugar colijo que Dios solo conoce perfectamente la magnitud de este beneficio y hasta qué grado de gloria ensalzó á la Virgen santísima. El ya citado S. Anselmo, averiguando las razones por qué Dios no empleó algun serafin en la reparacion del hombre, dice (2) muy oportunamente que además de que faltaba mucho para que tuviese bastantes facultades para semejante empresa, que requería un poder infinito, mediaba otra consideracion; á saber, que si Dios hubiera hecho este honor á un espíritu criado, por necesidad tenia que partir con él su gloria, y siendo el criador del hombre dejar llevar á otro el glorioso título de redentor; de consiguiente el hombre tendria tambien su amor dividido dando una parte al que le habia criado, y reservando la mejor al que le habia vuelto á criar y le habia redimido; division muy ajena de la grandeza de Dios y de la inclinacion que tiene de poseer únicamente el corazon y el amor de su criatura. Esta consideracion está muy fundada en las verdades de la sagrada escritura y en la experiencia que tenemos del gobierno ordinario de Dios, y es no menos excelente para que comprendamos la estimacion que hace de la Virgen santísima. Con efecto lo que él no hubiera querido nunca dividir con otra criatura, lo comunicó á la madre y esposa de su hijo, y puso en las sienes de ella la corona de reparadora, que es

(1) Tom. 3, serm. 6., art. 3, (2) Lib. 1 Deus homo, cap. 5.
c. 4.

la mayor gloria de que sea capaz una criatura. Entiendo siempre despues de la de madre de Dios, porque esta es la única que suspende mi admiracion respecto de todo lo demás, pues me parece que no hay que maravillarse de ninguna gracia que haga el Señor á aquella á quien sujetó su propio hijo, igual en todo y consustancial á él. Despues de este extremo de caridad habiendo sido hecha la Virgen como doméstica de la santísima Trinidad, el Padre no estima mas que lo que otorga á esa su hija; el Hijo igualmente le quiere todo el bien y honor de que ella es capaz; y el Espíritu Santo discurre todas las industrias posibles para ensalzarla. Asi será honrada aquella á quien se sirviere Dios ensalzar.

§. VI.—La suma dificultad que habia para la reparacion de los hombres.

I. Dios mio, ¡qué fácil es al hombre perderlo todo! Pero ¡qué difícil de reparar es esta pérdida! Mas pronto se pierde un hombre que se derrama un vaso de agua ó se rompe una vasija de cristal; pero mas pronto se recogeria hasta la última gota de aquella agua y se restituiria la primera forma al vaso que reformarse el hombre á sí mismo. ¿Qué cosa mas pronta que el bocado que Adam dió á la manzana? Pero tampoco ha habido un delito castigado mas severamente y por mas largo tiempo. Me parece necesario este discurso para juzgar bien del título de reparadora y para apreciar como conviene las obligaciones que tenemos á la que hizo el oficio de tal con su hijo, porque por no conocer el abismo de desgracias en que estábamos sumergidos, podiamos dejar de estimar como debemos el beneficio que recibimos con ser sacados de aquel. No obstante lo trataré con mucha brevedad, porque veo que mi asunto no consiente me extienda en ello.